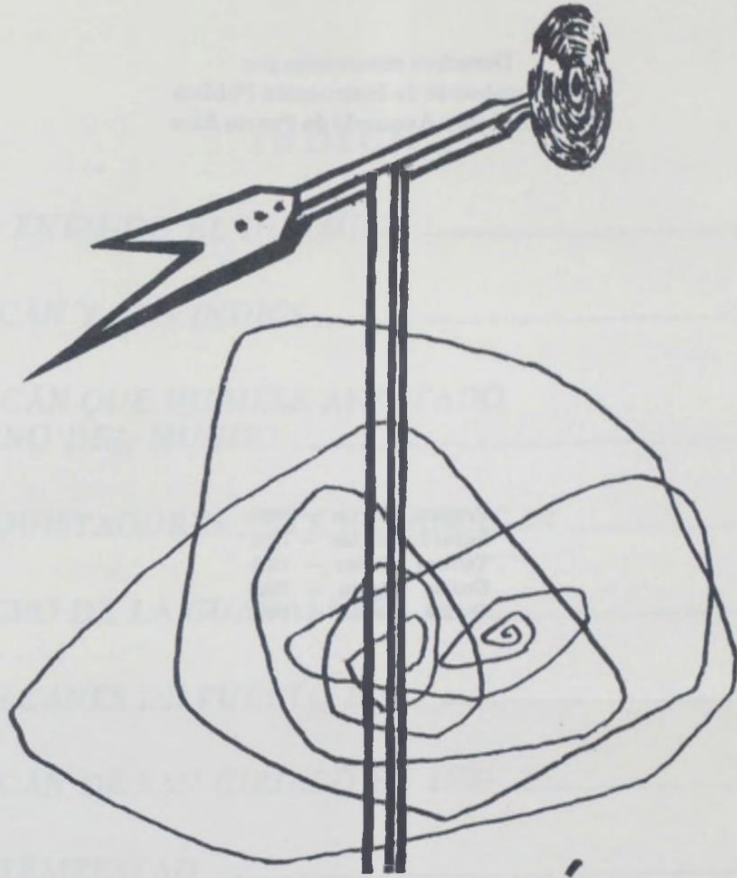


¿QUÉ
SABEMOS
DEL
HURACÁN?





HURACÁN



ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA
ÁREA DE EXTENSIÓN EDUCATIVA
HATO REY, PUERTO RICO

1985

EL HURACÁN DE SAN CIRIACO EN 1899

(Recuento de alguien que vivió aquella experiencia)

por Ramón Aráez y Ferrando

Siempre nos interesa conocer detalles sobre los peligros experimentados por alguien frente a un huracán. Nos parece que de esas experiencias relatadas por testigos oculares podemos sacar lecciones que han de permitirnos precaver mejor para el futuro. He aquí algunas de las situaciones que tuvo que afrontar don Ramón Aráez y Ferrando, ex oficial militar español, durante el Huracán de San Ciriaco, quizás el más feroz de todos nuestros huracanes. Estas formaron parte de su libro "Descripción del Ciclón de San Ciriaco," publicado en 1905, y nos enteran sobre lo sucedido en la jurisdicción de Mayagüez, donde el autor había ido a residir con el propósito de restaurar la salud de su esposa.

A continuación vamos a leer fragmentos de lo que el señor Aráez y Ferrando, narra en su libro.

. . . Con persistencia tenaz digna de llamar la atención, el viento Norte continuó reinando toda la noche del día 6 de agosto de 1899, todo el día 7 y su noche . . . La temperatura alta que señalaba el termómetro y la presión baja de los barómetros eran indicios vehementes de algo poco tranquilizador.

. . . La tarde del día que precedió a aquel en que pasó por la isla el ciclón llamado San Ciriaco, ordené varar en tierra mis embarcaciones de pasear por la bahía de Mayagüez y sus contornos, bien separadas de la orilla del mar para que, al elevarse las olas y barrer las playas, en el caso de ocurrir un temporal, no pudiesen ser alcanzadas por las aguas y arrasadas.

Antes de retirarme por la noche del 7 para entregarme a descansar en mi lecho, advertí a casi todos mis vecinos que si notaban alguna novedad en el tiempo, pues me parecía que estábamos amenazados de que ocurriera un ciclón, cuantos quisieran serían admitidos en mi casa habitación que yo creía ofre-

cía, por la solidez de su construcción, más seguridad para resistir un huracán, que los débiles bohíos que habitaban.

Llegó el memorable martes 8 de agosto de 1899.

Todavía la luz solar no se percibía por la parte de oriente, cuando desde el balcón de mi casa observé ansiosamente el aspecto del cielo y del mar, escuchando al propio tiempo los rugidos de las olas al romperse sobre la playa. El viento Norte continuaba y había aumentado en velocidad su marcha de una manera harto notable. Eran las 3 de la mañana. Pocos momentos después llegó un mensajero de la ciudad de Mayagüez, enviado por un amigo mío, con el que me había puesto de acuerdo la tarde anterior para que me comunicase toda noticia telegráfica que llegase a su conocimiento sobre novedad en el tiempo. El citado mensajero me hizo entrega de una nota cuyo contenido decía así:

“ ‘Weather Bureau’ (Negociado del Tiempo) Oficina del Oficial de Predicciones, ha enviado el siguiente telegrama a todas las estaciones del ‘Weather Bureau’ (Negociado del Tiempo) de la Isla y a la de Kingstown, Jamaica: ‘Huracán parece que se dirige a Puerto Rico. Cortada la comunicación al Estado de Cuba. El centro del huracán parece que se acerca a Puerto Rico y pasará por el Norte de dicha Isla.’ ”

Me abstuve de transmitir a mis familiares estas desagradables nuevas temeroso de infundir en ellos la consiguiente alarma, y poco tiempo después, aprovechando la llegada de algu-



nos vecinos a consultarme sobre qué me parecía el estado del tiempo, invité a todos los moradores de mi casa a que abandonasen sus lechos, y las criadas procedieron a confeccionar café. Eran las cuatro de la mañana.

. . . Ya no me cupo la menor duda de que aquel persistente viento del Norte que principió a soplar a las cuatro de la tarde del día 7 y que aún soplaba con más impetuosidad a las cuatro de la mañana del día 8, era el aliento precursor del terrible ciclón que se aproximaba, presentándose en período de pocas horas por la región del primer cuadrante. Calculé que situado yo como observador en Mayagüez, al Oeste de la Isla de Puerto Rico, ya a aquella hora de las 4 y 10 minutos de la madrugada el ciclón había penetrado en la Isla, causando los efectos desoladores que luego se verificaron.

El ruido producido por las olas del mar Caribe, en esta parte, por el Canal de la Mona, que separa a Puerto Rico de Santo Domingo, sólo distante de mi casa unos 40 metros aproximadamente, iba haciéndose cada vez más y más atronador, así como también el ruido producido por las palmas que formaban espeso bosque, a medida que el viento aumentaba la velocidad de su marcha.

A las siete horas de la mañana unas treinta personas se habían refugiado en mi casa, donde fueron recibidas con la acostumbrada hospitalidad.

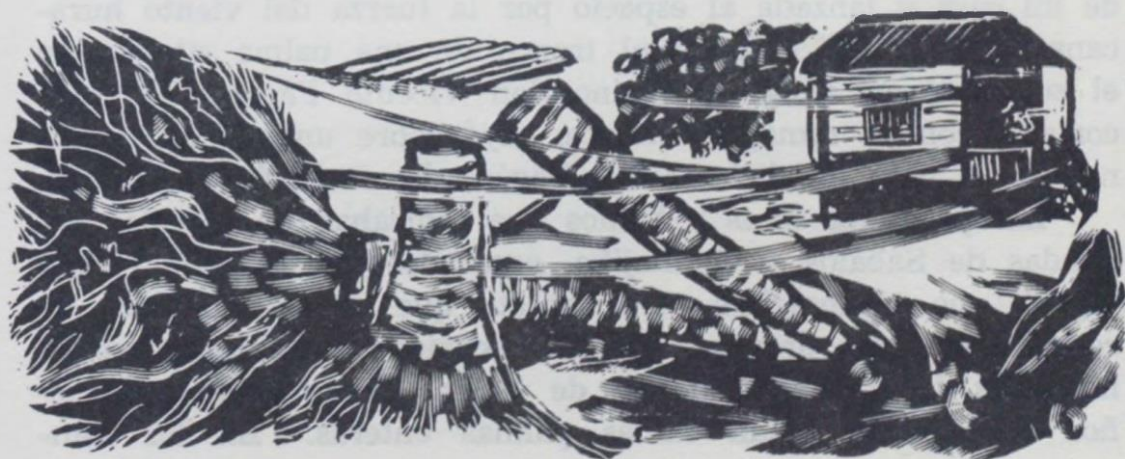
El encapotado cielo, cuyas nubes eran de un color ceniciento claro, igual en un todo al que observé en el ciclón que pasó por esta Isla de Puerto Rico el 13 de septiembre de 1876, las ráfagas de viento intensísimas acompañadas de chubascos, todo indicaba la aproximación del fenómeno atmosférico.

. . . Las olas del mar se sucedían unas a otras con inusitada celeridad en cortísimos intervalos de tiempo, barriendo las curvas playas de los barrios de Sábalos y Guanajibo que contemplando estaba, y al efecto en su retirada cada ola parecía querer detener el ímpetu de la otra ola invasora que la seguía, obligándola a elevar sus crestas coronadas de blanca espuma. Se añadía a esto el del viento huracanado acompañado de fuerte lluvia, el de las sacudidas palmas, al caer en tierra éstas

abatidas por el huracán, siendo grande el número de las que fueron arrancadas, presentando luego sus raíces fuertes y abundantísimas a la contemplación de los observadores. Otras palmas partidas y gran número de otros árboles, cuyos frutos todos caían a tierra, imitaban un horrible bombardeo en ciudad sitiada. El desprendimiento y voladura de las planchas de zinc de las techumbres de los edificios; los gritos de la muchedumbre; a poco que se recuerde, fácilmente se traerán a la imaginación aquellas escenas a la par que grandiosas, aterradoras.

... Hubo un momento en que permanecí en el balcón de mi casa, envuelto en mi impermeable, observando, con el auxilio del antejo, los esfuerzos que hacía el valiente capitán del vapor "Gillher" para sostener éste sobre sus anclas con la proa del buque en la precisa dirección del huracán...

El capitán y propietario de la goleta "Concepción," don Francisco Llavat, comprendiendo que esta embarcación no podía resistir la fuerza del huracán y era inminente su destrucción, pereciendo los pasajeros y la tripulación, largó las cadenas que sujetaban las anclas, las que dejó enredadas en las que sostenían el vapor "Gillher" con el que no chocó porque una ráfaga de viento la desvió, y así, con un sólo foque izado vino a embarrancar a la playa de Sábalo con averías de consideración. El capitán Llavat, se supo después, dio la voz de alarma en aquella ocasión, y la confusión fue horrorosa; muchos se tiraron al agua junto a la playa, pereciendo una mujer y una niña.



Una vez embarrancada la goleta en la playa, el oleaje y el viento terminaron su destrucción. Esto sucedió como a unos 150 metros de mi casa habitación, y así pude ver esparcidos los restos del buque y los baúles del equipaje y demás enseres que se repartían, disputaban y arrebataban centenares de hombres.

Cuando el ciclón estaba en su período de mayor intensidad, se destechó mi casa, y el agua que el huracán transportaba en sus alas penetró a torrentes en el interior de los aposentos, inundándolo todo; hasta la ropa dentro de los roperos fue considerablemente averiada. La noche que siguió al día de este horroroso ciclón, todos los moradores de mi casa y vecinos refugiados en ella hubieron de descansar sentados en mojadas sillas y sillones.

Al día siguiente salí de mi casa con el objeto de buscar carpinteros que colocasen las planchas de zinc desprendidas de la techumbre del edificio. En todos aquellos alrededores se observaba evidentes señales de ruina y desolación.

La casa de . . . don Francisco González, así como la de la propiedad de mi otro vecino . . . don Baldomero Freyre, sufrieron desperfectos de gran consideración, en particular la de este último, a la que le cayó encima una corpulenta palma y la perforó, penetrando en la sala, hundiéndose en el pavimento y destruyéndolo, habiendo ocasionado desgracias personales si a tiempo no la hubieran abandonado.

Una de las planchas de zinc desprendidas de la techumbre de mi casa y lanzada al espacio por la fuerza del viento huracanado, partió en redondo el tronco de una palma situada en el solar de mi amigo y vecino don Vicente Pagán. El trozo cortado, con su ramaje, y frutos, cayó sobre una de las esquinas de la casa de dicho señor Pagán, desnivelando el edificio.

Las pequeñas casas y bohíos que radicaban en aquellas barridas de Sábalos y Guanajibo, separados por el caño "Emajual," no presentaban otro aspecto que el de montones de combustible, sólo propios para ser recogidos y utilizados en las hornallas de algunas máquinas de vapor. Sobre algunos pequeños edificios se veían caídas palmas enteras. En los sem-

blantes de todos los habitantes de aquellos lugares desolados se advertía la más honda tristeza y cruel desaliento. A muchos dirigí palabras consoladoras y les alenté a levantar nuevamente sus viviendas prestándonos todos mutuo auxilio. ¡Qué dichosos podíamos considerarnos todavía si reflexionábamos que nuestras personas y las de nuestros familiares habíamos salido ilesos de lo que yo consideraba como una verdadera catástrofe! Muy pronto llegaría a nosotros, por medio de la prensa de los diferentes pueblos de la Isla, las degracias personales ocurridas y los inmensos daños causados en las propiedades.

